

El G-20 y la Profecía de Dürrenmatt

En el año 1968 el dramaturgo y pintor Friedrich Dürrenmatt acabó un cuadro en el que daba cuenta del pintoresco episodio que tiene lugar en la última Junta de Accionistas de un ficticio Banco Federal: 21 banqueros ejercen su particular derecho al suicidio de la forma que a cada cual le conviene: de sendos cortes en las muñecas, de un tiro en la sien o en la garganta, de un disparo en la nuca ajena en una cadena de suicidas, por ahorcamiento...

Los dirigentes de las economías más fuertes del mundo celebrarán en Seúl los días 11 y 12 de noviembre su quinta reunión en los últimos dos años. A la vista de que en ninguna de las convocatorias previas (en Washington, Londres, Pittsburgh y Toronto) lograron alcanzar ningún acuerdo para resolver o aliviar la fuerte crisis económica que atravesamos, cualquiera puede preguntarse para qué se siguen reuniendo. Mayor perplejidad produce que perseveren en la celebración de sus juntas si ni uno sólo de esos países, a juzgar por sus declaraciones tanto individuales como conjuntas, es en modo alguno responsable de la crisis económica.

Pese a todo lo que llevan dicho, a nadie se le escapa que, si fuera verdad que los miembros del G-20 (España vendría a ser el país número 21, un privilegio otorgado por Sarkozy al Presidente Zapatero) no fueran responsables de la gravísima situación actual, no insistirían en intentar hacer (por infructuoso) nada. En ese sentido, sus actos llevan años desmintiendo a sus palabras y con cada nueva cumbre vuelven a admitir de forma tácita que ellos han permitido que la economía mundial se haya desmoronado, y que son incapaces de cambiar las reglas de un juego global dirigido por el flujo ingobernable de los capitales.

Al principio de la crisis, la clase política repitió al unísono que los bancos eran los máximos culpables de la catástrofe financiera. De un tiempo a esta parte el foco ha sido desviado de la Banca (los intentos de control sobre las grandes entidades financieras cesaron tras el boicot conjurado de éstas contra Grecia la pasada primavera, y que mostró de cuánta destrucción del tejido económico público son capaces) y precisamente por eso es importante recordar a los ciudadanos cuánto se ha desvirtuado la función de la misma en las últimas cuatro décadas. Si bien hasta los años sesenta los bancos asumían únicamente las funciones de

préstamo y ahorro (guardaban a buen recaudo el capital de sus clientes) y, en suma, convertían el ahorro de una parte de la sociedad en préstamo para la otra, progresivamente fueron ampliando esas funciones básicas en favor de una rueda de préstamo y ahorro en la que un capital concreto, prestado nominalmente una y otra vez, era susceptible de producir comisiones virtualmente infinitas, enriqueciendo por consiguiente a los intermediarios.

Para ilustrar con una imagen la ingeniería financiera que ha sostenido el mecanismo que ha causado la crisis económica que vivimos, puede imaginarse al banquero como un hámster corriendo desfondado en una rueda de préstamo y consumo en la que un nuevo giro le supone una *comisión* adicional.

El referido cuadro de Dürrenmatt está pintado a finales de los sesenta, en los albores de lo que hoy se denomina Economía Virtual, por contraposición a la Economía Real. La década de los setenta marcó el inicio de la globalización financiera, con la expansión de las corporaciones transnacionales y el aumento exponencial y constante del flujo de capitales. El artista suizo, con su peculiar sarcasmo, retrató la nostalgia por la época pre-financiera en la que los bancos regionales basaban su prestigio en la confianza depositada en ellos por los clientes de su comunidad.

Por lo que respecta a la crisis que vivimos, que en primera instancia es bancaria y cuya resolución y prevención futura pasa por una reforma radical del sector financiero, es cierto que los bancos se han enriquecido en las últimas décadas, pero no es menos cierto que ha sido la ciudadanía, cegada por la avaricia de una ilusión monetaria (*mis propiedades valen más*), la que ha creado la demanda de los nocivos productos financieros.

Del mismo modo que los norteamericanos son co-responsables de la Era Bush, o que los habitantes de una polis griega eran los responsables de los políticos elegidos para gobernarlos, los ahorradores y prestatarios somos los responsables de las condiciones bajo las que permitimos a terceros gestionar nuestro dinero. **Conocer y evaluar los términos de los contratos que firmamos con los bancos es nuestro deber, y por tanto todos somos dueños del grado de riesgo que asumimos con nuestras decisiones sobre nuestro capital.** Ningún político se atrevió en los primeros meses

de la crisis a enunciar esta verdad por razones de popularidad obvias; además, en un segundo nivel de ganancia, habían sido precisamente los políticos quienes se beneficiaron electoralmente de la euforia que genera la ilusión monetaria, y sin excepción la vendieron en las urnas como eficaz gestión económica.

Así pues, si bien hubo tres niveles de ganancia en la burbuja financiera -ciudadanos, banqueros y políticos- y por consiguiente tres niveles de responsabilidad sobre la crisis, sólo los últimos, los políticos, poseían y poseen las herramientas de vigilancia, de información y de aviso a la ciudadanía. **Sólo mediante la acción política conjunta se pueden generar ahora los instrumentos para implementar cambios que frenen la escalada descendente, y que garanticen un mejor funcionamiento del mercado en el futuro.**

Lo que se pretendía dirimir en la pasada Cumbre de Toronto era si en las circunstancias actuales era más urgente regular los mercados o reactivar la economía, lo cual es una diatriba tan absurda como decidir si es más importante para un moribundo su cerebro o su sistema circulatorio. Como los países europeos y EE.UU. tienen déficit, pocos han vuelto a insistir en que el problema se resolverá inyectando liquidez; y a todos se les ha olvidado la vieja idea (más de izquierdas) de que el crédito volverá a circular de forma fluida una vez se instaure un macro-regulador mundial de los mercados financieros.

En un momento en el que parecía impostergable la acción conjunta de los gobiernos más poderosos para la regulación de los mercados financieros, la última cumbre del G-20 hizo un quiebro a la lógica y borró el asunto de la agenda como si nunca hubiera sido barajado; en su lugar, suscitó la necesidad de reducir el déficit de los Estados, la vieja receta de la gestión "responsable" (léase *cobarde*), siempre generadora de desigualdad social. A quienes llevábamos meses siguiendo estas cumbres con verdadera confianza en la capacidad de la clase política para mejorar el mundo, el último comunicado del G-20 fue un insulto a nuestra memoria y a nuestra inteligencia.

Todo tendría el aspecto de una tomadura de pelo si no se tuviese en cuenta que los problemas sufridos por la deuda griega en los meses de mayo-junio de 2010 fueron mucho más que eso: en suelo europeo se libró un elegante pulso entre

los estados y las entidades financieras. Ambos bandos se hicieron conscientes de sus armas y midieron sus fuerzas, y cuando el bando financiero amagó con atacar España los países del Euro se dieron cuenta de lo que de veras se estaba dirimiendo, y pusieron en marcha el Fondo Europeo de Estabilización. El coste político y económico de la batalla de primavera fue extraordinariamente alto. Sólo bajo la perspectiva de las dificultades reales que tendría la reforma estructural de la Arquitectura Financiera Internacional, es posible comprender el hecho de que los gobernantes más inclinados a ésta y al establecimiento de una gobernanza de las finanzas globales (Obama, Zapatero, Lula, Sarkozy y Brown) olvidaran en Toronto su viejo discurso y sus viejos objetivos, defendidos con ímpetu hasta pocas semanas antes.

Pese a que al principio de la crisis todo el mundo sufrió el mismo shock, la situación hoy en día es que los 21 gobiernos están amenazados por las entidades financieras de sus propios países, a las que necesitan para que generen actividad económica, sin la cual es impensable la generación de crecimiento, y sin cual ninguno de esos gobiernos podría ganar sus siguientes elecciones. Cada país lleva su ritmo y cada gobierno negocia en primera instancia con agentes nacionales, de ahí que todos incurrieran en el error del clásico Dilema del Prisionero y se "autorizaran" unos a otros a tomar decisiones individuales.

Así pues, el abandono del proyecto de la creación de un Macro-Regulador de los Flujos Financieros es una capitulación ante las entidades financieras, y quienes posan sonrientes para la foto del pasado 27 de junio tienen más aspecto de serviles títeres que de gobernantes.

En cualquier caso, a quien contempla el citado cuadro de Dürrenmatt y lo compara con la foto de los alegres miembros del G-20, le sobreviene una oleada de furia y de pudor. Se trata de una foto escrupulosamente diseñada para su venta ante unos electores burlados, en la que los políticos han decidido no asumir responsabilidades, y correr un velo que no deje resquicio alguno a la sospecha de que ellos podrían haber hecho antes, o pueden hacer algo ahora para prevenir el gravísimo daño del sistema. Quedamos a la espera de la próxima foto de Seúl.

Hoy nadie se suicidaría por haber dejado gestionar mal el dinero ajeno y arruinar las vidas de millones de

ciudadanos. En 1968, los 21 banqueros imaginados por
Dürrenmatt, sí.

Amy Martin